

# ASPECTOS POLÍTICOS DE LA TRANSICIÓN

## Una mirada retrospectiva: entrevista a Don Patricio Aylwin Azócar

Por: José Bengoa y Eugenio Tironi

*Si me preguntan cuál es el logro más importante del país en el plano de las políticas específicas, creo que lo más importante fue lo relacionado con los derechos humanos. Pero en verdad el logro más importante de mi gobierno es haber reconstituido la unidad nacional. Chile es una nación reconciliada, en que todos nos sentimos compatriotas, y no enemigos.*

*En esta mirada a ese período que conocemos como transición, quisiéramos comenzar preguntándole cuál, a su juicio, es el hito histórico que le dio inicio.*

—Es bastante difícil precisar un hecho o un momento aislado. Para mí, lo que tiene mayor trascendencia es el reencuentro de los sectores democráticos. Habíamos estado profundamente divididos antes del golpe y, con posterioridad a él, las recriminaciones recíprocas nos llevaron a aumentar esa distancia. Al cabo de algunos años, sin embargo, nos dimos cuenta de que, a pesar de nuestras diferencias, eran muchos más los valores comunes. Fue así que empezamos un proceso de acercamiento y de entendimiento. Tal vez con cierto protagonismo por haber participado en esto, creo que un hito muy importante fue la constitución del “Grupo de los 24”. Ahí, por primera vez, nos encontramos representantes de un espectro amplio, desde conservadores y liberales como Héctor Correa y Víctor Santa Cruz, hasta comunistas como Raúl Espinoza y Sergio Teitelboim. Tuve que dar una pelea bastante grande para conseguir que se admitiera al Partido Comunista. Algunos dijeron “No, con comunistas, yo no entro”. Yo les hice ver qué clase de hombre era Raúl Espinoza, y entró. Luego llegó Sergio Teitelboim, y se fue ampliando el grupo.

“Gradualmente, a partir de un tema no eminentemente del debate político coyuntural, sino más bien académico, como fue la reflexión en torno a qué había fallado en el sistema y había hecho posible llegar a los extremos de ruptura a que se llegó, fuimos encontrando concordancias, superando recelos, creando o recreando amistades. Esto enmarca el comienzo de un proceso que es muy complejo, muy rico.

“Cuando me han preguntado si voy escribir sobre mi gobierno, siempre respondo que, más que sobre mi gobierno, quisiera escribir sobre este proceso: cómo se gestó la Concertación, social, cultural, humanamente”.

*Usted le da mucha importancia al fenómeno de constitución de la Concertación de Partidos por la Democracia...*

—Sí, pero más que fenómeno, diría que es un proceso. Surgió la Alianza Democrática, hubo etapas, vinieron las protestas, vino la Asamblea de la Civilidad, vino el debate sobre la conveniencia o no del plebiscito. Como recordarán, se planteaban dos estrategias posibles: la estrategia de la protesta, de la confrontación, del paro general que llevara a derribar la dictadura; o la estrategia de utilizar la institucionalidad y derrotar a la dictadura en su propia legalidad. En definitiva, fue progresivamente ganando esta última tesis.

“Sin la formación de la Concertación, es decir, sin esta alianza, todo habría fracasado. Habría terminado ganando Pinochet, nosotros encontrando que no teníamos fuerza para derrocarlo, y la dictadura habría seguido. En consecuencia, considero ese proceso muy fundamental”.

*Alguna gente estima que la Concertación nació para la transición y podría terminar con la transición.*

—Yo diría que el movimiento se prueba andando. Si uno observa la realidad, el cuadro político general chileno, aparecen tres grandes desafíos que debe enfrentar el país: lograr un sistema verdaderamente democrático en lo político, tener una economía que crece y se desarrolla, y lograr la equidad social —la *justicia social* me gusta más; es más claro hablar de justicia que de equidad—; lograr la justicia social, acortar la distancia entre los ricos y los pobres, superar la extrema pobreza, darle un carácter solidario a la sociedad chilena. Yo no veo la posibilidad de realizar conjuntamente esas tres cosas si no hay una mayoría política estable que lo respalde; y no veo en el espectro político chileno otros actores capaces de jugarse por eso, que tengan eso dentro de su ser, de su esencia, de su razón de ser, sino los partidos de la Concertación. En consecuencia, considerar la Concertación simplemente como una etapa transitoria para restablecer el sistema democrático puede conducir a la división del país en tres tercios otra vez, y a de algún modo perjudicar el proceso de perfeccionamiento democrático, de desarrollo económico y de justicia social en que estamos empeñados. Porque aunque la Concertación nació para asegurar la vuelta a la democracia, nació también afirmando ciertos valores que se proyectan más allá de la reconstitución de la democracia.

*En cuanto al proceso de la transición misma, ¿usted alguna vez sintió que estuvo en peligro?*

—La verdad es que vivió en peligro, la verdad es que era un apuesta. Y como toda apuesta, podía terminar en éxito o en fracaso. ¿Qué nos decía que verdaderamente —como yo creía, pero algunos eran escépticos— los chilenos se iban a movilizar y a inscribir en los registros electorales? ¿Quién nos decía que los partidos se iban a comprometer realmente con la estrategia que desembocó en el plebiscito, o iban a tener ciertos remilgos, iban a sentir que era entrar en el sistema, una condescendencia con la dictadura? ¿Y quién nos decía que el régimen militar iba a respetar el resultado? La noche del 5 de octubre, la verdad es que todos estuvimos en ascuas; yo vine a respirar recién cuando supe lo que había dicho el general Matthei, cuando Sergio Onofre Jarpa reconoció en la televisión que había ganado el NO.

*Y en el curso mismo del gobierno; hechos, por ejemplo, como el asesinato del senador Guzmán, o los episodios militares...*

—Son cosas de distinta categoría. El asesinato de Jaime Guzmán tiene una connotación humana muy trágica, que no tienen los episodios militares. Pero, respecto a su pregunta, en ningún momento sentí, durante mi gobierno, que pudiera estar en peligro el proceso democrático. Desde el momento en que ganamos la batalla por constituir la Comisión de Verdad y Reconciliación, y comenzó a marchar, para mí fue evidente que ya el proceso era irreversible. El ejercicio de enlace realizado por el Ejército, me tuvo sin cuidado. Después de que se produjo el informe de la Comisión de Verdad y Reconciliación, con todo lo que trajo consigo, quedé absolutamente tranquilo. Diría que ahí desapareció cualquier riesgo para la estabilidad del sistema democrático.

*Entonces, en cierto modo un hito crucial de la transición fue la formación y el trabajo de la Comisión de Verdad y Reconciliación.*

—Exacto. Para mí fue fundamental, porque ése era el punto más sensible para los que tenían el poder militar.

*Esos fueron tal vez sus momentos más solitarios como gobernante. Fue una decisión en la que usted perseveró, a veces con la incomprensión de muchos.*

—Sí, había dudas, y era muy legítimo que las hubiera. Algunos temían que la labor de la Comisión fuera insuficiente, o inútil, o que pudiera producir un descalabro.

*¿Cuál ha sido el balance de la labor de la Comisión, no solamente en cuanto operación simbólica, sino también en relación con el conocimiento de la verdad y a la acción de la justicia?*

—Yo siempre dije: “Verdad y justicia en la medida de lo posible”. El Informe mostró la verdad. Todo el país la conoce; incluso, aunque no lo sabe todo Chile, en muchos ambientes se sabe quiénes fueron los principales responsables. Dónde están los desaparecidos, es una parte de la verdad que no se ha descubierto. Y que están muertos los desaparecidos, es una verdad aceptada por todo el mundo: fueron asesinados.

“En cuanto a la justicia, diría que, por una parte, la reparación es un aspecto de la justicia, y ha funcionado. Tenemos la ley de reparación, el funcionamiento de la Comisión de Verdad y Reparación, las becas, las pensiones. Todo ello ha sido una expresión de justicia. El esclarecimiento de algunos casos, y las sanciones en algunos casos muy limitados, son también aspectos importantísimos de la justicia. En cuanto a aplicación de sanción, aparte del caso Letelier, el más significativo ha sido el de Mario Fernández, en que efectivamente el responsable está condenado a diez años de presidio, y está preso. Está también el fallo del ministro Juica en relación con los degollados. Pero indudablemente éste es un proceso insatisfactorio, un caso en el que no se ha hecho plena justicia. El problema es si siempre es posible que se haga plena justicia. La justicia humana es siempre limitada y es necesario poner el anhelo de justicia como sanción al culpable, en la balanza y vinculado a otros valores sociales que son igualmente importantes, como el anhelo de una convivencia pacífica y de terminar con el conflicto. Sin embargo, soy absolutamente contrario a una ley de punto final. La llamada “ley Aylwin”, el proyecto que yo envié al Congreso, no tenía por objeto provocar un punto final, sino abrir una puertecita que creara alguna expectativa de mayor eficacia en los juicios pendientes, en el afán de lograr más justicia. Y ello porque establecer el secreto de la declaración en los casos de desaparecidos podría permitir ubicar el lugar donde han sido enterrados, y ya eso sería un paso importante”.

*Y qué incompreensión hubo...*

—Hubo incompreensión de ambos lados. Por una parte, para los militares y la derecha la ley era insuficiente; lo que ellos querían era una ley de punto final, y ésta no lo era. Para las víctimas o los familiares de las víctimas, para el mundo de los derechos humanos, fue en cierto modo facilitar la impunidad, puesto que a cambio de saber la verdad se consagraba el secreto del acusado, del que contaba lo que sabía acerca de desaparecidos.

*Lo que más se ha destacado de su gobierno es lo relacionado con el tema de los derechos humanos. Sin embargo, creo que también se caracterizará en la historia por haber puesto el tema indígena en un lugar muy relevante de la agenda. ¿Qué lo motivó a usted, Presidente? Nadie pensó que iba a hacerse cargo de este tema, olvidado por siglos.\**

—El tema empezó a entrar en la agenda primero tras el contacto que tuve con los dirigentes; en eso, el encuentro de Nueva Imperial marcó un hito. Hubo ahí un compromiso de apoyo, pues era importante que los sectores indígenas estuvieran en una disposición de colaboración frente al nuevo gobierno, y no meramente reivindicativa. Tal disposición constituía un elemento de tranquilidad, de paz, importante para la reconciliación y el reencuentro de los chilenos. Por otra parte, me fui convenciendo de la justicia de los planteamientos de los pueblos indígenas; fui abriendo los ojos a una realidad que en verdad no me había marcado mucho durante mi vida política ni profesional; me era un tema ajeno. Entonces, por una parte, mis encuentros y el trato con los dirigentes; y, por otra, el testimonio de algunas personas vinculadas a esa materia, me llevaron a valorizar el tema de los pueblos indígenas como un aspecto del anhelo de

---

\* Pregunta de E. T.

justicia en la sociedad chilena. Si queremos ayudar a los sectores más postergados, éste es un sector postergado.

*Para algunos sectores, su gobierno se vio constreñido, como con una camisa de fuerza, por la Constitución que heredó. Otros pueden pensar, a la inversa, que la Constitución fue un buen soporte institucional para la acción que realizó el gobierno. ¿Cuál es su balance?*

—Yo distinguiría. Intelectualmente, como hombre de Derecho, y como profesor de Derecho Público, rechazo la actual Constitución en muchos aspectos. Consagra un régimen de democracia protegida y, a mi juicio, esas protecciones limitan la democracia y favorecen a un sector, el sector conservador. En consecuencia, intelectualmente y en principio rechazo el sistema implantado por esta Constitución. Fue por tal razón que presentamos la reforma en relación con los senadores designados, al sistema electoral, aparte de las que prosperaron en el ámbito municipal y regional.

“Sin embargo, desde el punto de vista de mi gestión de gobierno, no me sentí nunca amarrado, no me sentí limitado. Sentí, sí, que había ciertas cosas que no podía hacer. No podía cambiar a los comandantes en jefes, ¡y cómo me habría gustado hacerlo, en algún caso por lo menos! Pero aparte de otros elementos de juicio, al terminar no estoy seguro sobre si fue negativo que el general Pinochet se mantuviera como comandante en jefe. Por razones de principio le pedí formalmente la renuncia, le dije que me dejara en libertad de acción, y él me dijo: ‘Se equivoca usted, Presidente; nadie lo va a defender mejor que yo. Mi gente está nerviosa y ellos confían en mí. Y yo soy militar, sé mandar y sé obedecer. Ahora usted es mi jefe, y yo voy a ser leal a usted’. Actualmente tengo dudas de que, si hubiese tenido la facultad y lo hubiera cambiado, no hubiera llegado un comandante en jefe sin el ascendiente que él tenía sobre su gente, y me hubiera pasado que un coronel Rico o un coronel Sanedrín me hubiera armado una de San Quintín. Pero, indudablemente, me sentí limitado en ese terreno; y si hubiese tenido la facultad de cambiar al comandante en jefe, habría hecho uso de la facultad. Quizás habría sido un error desde el punto de vista político, pero también políticamente no se habría entendido que, pudiendo solicitarle la renuncia, lo mantuviera.

“Donde sí me sentí limitado fue en no poder llamar a retiro a oficiales de las Fuerzas Armadas que estaban comprometidos en las violaciones de derechos humanos. Me negué a cursar sus ascensos, pero no los pude llamar a retiro porque no tenía la facultad para hacerlo; ésa fue una de las cosas que pedí al Congreso.

“El hecho de que los senadores designados cambiaban la mayoría del Senado y hacían mucho más difícil que salieran las leyes que me interesaban, también fue un obstáculo en mi gobierno”.

*Comentábamos recién un artículo, aparecido en una revista inglesa, que plantea “Qué es lo que queda del Chile de Pinochet”. Su autor, Alan Angell, conocido especialista sobre Chile, hace una evaluación muy positiva del gobierno del período de transición, pero señala dos aspectos. Primero, si no pudo hacerse una política más agresivamente modernizadora en el cobre. Y segundo, si no se pudo haber actuado más rápido para revertir las desigualdades sociales. Esas son sus dos preguntas, y nosotros nos hacemos sus portavoces.*

—Siendo ambas observaciones legítimas, me preocupa y me interesa más la segunda. Intentar hacer reformas muy sustanciales en materia del cobre, habría significado enfrentar al mundo sindical de ese sector, lo que habría sido un error político. El objetivo era que la empresa minera del cobre fuera lo más eficiente posible, y se hizo bastante al respecto. Si no hubiera sido por este disparate dramático del episodio de Dávila, el balance de la gestión del cobre, de la administración Noemi, habría sido francamente favorable, aunque sin que satisficiera plenamente los requerimientos de optimización de un economista o de un gerente con una visión economicista. Pero éste es un problema que tiene muchas otras implicancias. Hay que pensar que la nacionalización del cobre fue un hito histórico en este país, que concitó unanimidad; hay que pensar que la mentalidad de los sindicatos y de los trabajadores del cobre es muy especial... Lo curioso es esto: el proceso de modernización del cobre, ¿por qué no lo hizo Pinochet, que tenía la plenitud del poder? Y no lo hizo; por el contrario, entregó la empresa en

condiciones bastante malas. Entonces, la crítica que aparece en ese artículo que mencionan me parece unilateral; es explicable, pero creo que no entienden la realidad nuestra.

*Es un comentario muy desde afuera...*

—Sí. Por ejemplo, al final quise privatizar la planta de Tocopilla, para poner en explotación el yacimiento Radomiro Tomic, y se opusieron completamente todos los dirigentes del cobre. No aceptaban ni siquiera que se privatizara Tocopilla.

“Respecto al segundo tema, lo que llamo justicia social, tengo plena conciencia de que es mucho más lo que hay que hacer. Dificulto que, con una mayoría adversa en el Congreso, se hubiera podido hacer mucho más para aumentar los ingresos fiscales. Porque la reforma tributaria fue una reforma de transacción. Yo habría hecho una un poco mayor, habría cargado un poco más la mano, para así disponer de más recursos para el gasto social.

“A mi juicio, era fundamental compatibilizar el gasto social con la estabilidad económica. Crear inflación a cambio de hacer más política de redistribución, habría sido un desastre. Teníamos que conciliar los dos objetivos.

“Y tercero, en la práctica se va aprendiendo. Por ejemplo, la puesta en práctica del programa MECE demoró más de lo que se hubiera deseado, y tal vez no produjo todo el rendimiento esperado, por falta de experiencia, por una inadecuada sincronización. En todos los programas sociales se iba aprendiendo en el terreno, estábamos haciendo políticas experimentales. No sé si será porque estoy comprometido personalmente, pero creo que el balance de nuestra gestión social fue bueno. Claro, habría sido mucho mejor mucho más”.

*Dentro de las políticas sociales, ¿cuáles son las áreas donde usted siente que hubo efectividad, y en cuáles quedaron cosas por hacer?*

—El área en que a mi juicio fuimos más efectivos, fue Vivienda. Cuando asumí la presidencia, estaba convencido de que a los quince días iba a tener tomas de terrenos por todas partes. Y pasaron los cuatro años sin tomas de terrenos, y los propios comités de allegados se organizaron y colaboraron y participaron. Es un éxito sensacional. Ahora, en educación y en salud se hizo un avance, pero queda mucho por hacer. Se había transferido los servicios a las municipalidades, y las municipalidades no tenían capacidad de gestión. Nos encontramos con un sistema en rodaje, al que no bastaba con darle más recursos para mejorarlo.

“Pienso que el mayor desafío de este país es el de la educación. El sistema educacional chileno no está respondiendo a las necesidades reales del país. Entonces, si me pidieran poner notas, diría: primero vivienda, después educación y salud. A éstos los pondría como los sectores en que se hizo un gran esfuerzo que no dio todos los frutos que esperábamos, y que tal vez no fue todo lo acertado que debiera haber sido.

“En cuanto a los problemas de algunos sectores marginales, los programas del Fosis dirigidos a la microempresa, a campesinos —con Indap en el mundo campesino—, a los pueblos indígenas, a los jóvenes, a las localidades pobres, aunque no fueron masivos, fueron de una importancia enorme. Son programas que marcan un rumbo y que son exitosos.

“En lo que tuvimos bastante éxito, fue en la relación con el mundo laboral, específicamente en el acuerdo tripartito entre gobierno, trabajadores y empresarios. Hubo una relación muy fluida con el mundo sindical”.

*En veinte años más, seguramente para los historiadores una de las obras trascendentes del gobierno de la transición va a ser la reforma municipal, la democratización de las municipalidades. ¿Cómo ve usted este proceso? Porque se temía que se produjera una cierta fragmentación, para la cual la situación chilena no estaba preparada.*

—Creo fundamental el proceso de autonomía municipal. En eso dimos un paso en una buena dirección, pero siempre admití que era una desafío cívico, un desafío de participación de la comunidad; no basta con crear una estructura democrática para administrar las comunas, si la gente no asume su cuota de responsabilidad. Esa es la razón de que esté tan preocupado de los valores democráticos y de que la democracia no sea sólo una estructura formal que funciona bien, pero un poco pasivamente, movida por unos pocos, sino que pase a ser carne en el común de la gente. Para eso nos falta mucho. Indudablemente que la democratización municipal debe ser completada con la elección directa de los alcaldes, cosa que yo quería. Debe ir acompañada de un proceso mayor de participación de la comunidad en general.

*Sobre este punto en particular, hay muchos analistas que culpan a la transición de haber creado un clima de consenso que ha generado una suerte de apatía política, un desinterés por la política.*

—Mucha gente cree eso. Yo discrepo. La experiencia enseña que para que las cosas marchen hay que aunar voluntades; que el aunar voluntades exige buscar consensos. Algunos, quizás la gente más intelectualizada, sienten que lo que moviliza es la afirmación de la propia identidad en contraposición al discrepante. Pienso que eso es cierto, siempre que vaya unido a otra cosa, a corrientes de opinión de lo que históricamente llamamos ideologías verdaderamente movilizadoras.

“La búsqueda de consensos hoy día no es sólo un afán de buena voluntad. También está ligada al desperfilamiento de las ideologías. Yo no veo actualmente posiciones demasiado duras. Existen algunos grupos, como los humanistas tal vez, o ciertos ecologistas, que están enamorados de su idea y creen que todo el que no piensa como ellos está equivocado. Hoy día, en el mundo y en Chile, las cosas en general no son así. Yo me siento claramente en posiciones muy distintas a las de don Hernán Larraín y la gente de la UDI, y bastante distintas también a las de mucha gente de Renovación Nacional, pero no siento que sean absolutamente incompatibles; no creo que ellos representen el cataclismo y la única verdad sea la nuestra.

“Culpar a los consensos por lo que llaman apatía política es buscar un pretexto, es echarle la culpa al empedrado. No es el empedrado, es otra cosa lo que ha hecho perder dinamismo, idealismo, a la vida política. Es la crisis de las ideologías. Sin embargo, considero esto un fenómeno pasajero. No creo en la muerte de las ideologías. Las ideologías van a reaparecer, con nuevas circunstancias, porque la gente siempre tiende a jugarse por valores, por ideales más o menos abstractos que trata de concretar. Pero en este momento, ni en Chile ni en el mundo están vivas las ideologías. Hay desconcierto”.

*Usted hizo un esfuerzo muy grande, sin muchos aspavientos, para abrimos al Asia-Pacífico, a Europa, a América Latina, y muy marcadamente a Estados Unidos. ¿Cuál es el balance que hace hoy, y cuáles son las perspectivas de futuro en este tema de la inserción de Chile en el mundo?*

—Primero quiero rectificarle una cosa: hubo más esfuerzo de acercamiento nuestro con Europa, con América Latina y con el Asia, que con Estados Unidos. Con Estados Unidos tuvimos una buena relación, pero siempre veníamos detrás de México.

“En el aspecto de las relaciones internacionales, el cambio entre mi gobierno y el anterior fue sustancial. Durante el régimen pasado se dio la apertura económica, hubo una transformación económica, lo que es un saldo favorable que dejó el régimen militar. Eso no se puede negar. Sin embargo, bajaron ciertas ínfulas en el sentido de que Chile se batía solo con el mundo, con los grandes. Se le dio la espalda a América Latina, no hubo un esfuerzo serio por ganarse simpatías en Europa, se dejó el contacto con Asia como aventuras del sector privado, sin una política sistemática.

“En estos cuatro años, la situación internacional de Chile cambió radicalmente. En gran medida, la causa fue el impacto político que significó la vuelta a la democracia y el término de la dictadura. Pero, además, hubo una acción deliberada, sin aspavientos, de parte del gobierno. Yo pedí una política internacional de tono menor. Mi instrucción al Ministerio de Relaciones Exteriores fue de la tónica de: 'no quiero que Chile pretenda convertirse en vedette, porque después de haber sido vedette al revés durante quince o dieciocho años, sale muy feo que uno pretenda reivindicarse de todo y ser un héroe; vámonos

prudentemente, modestamente, tratando de recuperarnos. Fue una acción persistente, y se avanzó sobre todo en las relaciones con los países de América Latina y de Asia”.

*Una última cosa: ¿considera usted que la oposición fue para la transición un apoyo o un obstáculo?*

—La oposición cumplió su papel. No diría que fue un obstáculo, pero tampoco un apoyo. Cumplió su papel de oposición. Tuve una oposición decente, una oposición razonable. Creo que a eso ayudó mi estilo, y en general el tipo de gobierno que hicimos; la capacidad de los ministros en el dialogar permanentemente, y un poco mi estilo de escucharlos a todos. Es cierto que de repente he golpeado fuerte cuando se trata de ciertas cosas de principios, pero en el resto he tratado de aunar. Si me preguntan cuál es el logro más importante del país en el plano de las políticas específicas, creo que lo más importante fue lo relacionado con los derechos humanos. Pero en verdad el logro más importante de mi gobierno es haber reconstituido la unidad nacional. Chile es una nación reconciliada, en que todos nos sentimos compatriotas, y no enemigos.

Santiago, agosto de 1994.